que venía del mercado, supieron lo que dejaban hecho; y turbados del caso quisieron azotarlos, y para saber quiénes eran los culpados por no castigarlos a todos se lo preguntaron; pero ellos a una voz juntamente dijeron, que todos juntos lo habían muerto; y preguntándoles otra vez, que quién había arrojado la primera piedra, dijo el que lo había hecho, que él; y mandándolo azotar porque había sido causa que los demás con él hubiesen muerto a un hombre, respondieron todos que el difunto no era hombre, sino el mismo demonio, que por haberse querido hacer dios había muerto; y añadieron diciendo, que si no creían que era el demonio que fuesen los religiosos a verlo y satisfacerse de que era verdad lo que decían. Esto afirmaban, por venir vestido de los ornamentos del dios Ometochtli, que ninguno del pueblo podía vestirlos sino él, o el que representaba su imagen y figura.

Bajaron los religiosos al mercado y hallaron un gran montón de piedras, debajo de las cuales estaba sepultado el ministro infernal que representaba al dios Baco, con cuya espantosa visión había aparecido. Descubriéronlo y vieron su cuerpo, que no parecía humano sino tizón humeado del infierno; hicieron demonstración dél a todo el pueblo, y fue causa de que muchos de sus moradores se convirtiesen a la verdadera fe de Jesucristo. Y de aquí fue creciendo el número de los creyentes y aquella ciudad babilónica, llena de idolátrica confusión, comenzó a caer, como la que dice el Profeta,[6] que se arruinó con el poder del evangelio, cuyos ídolos no les valieron a los de Babilonia para defenderse del poder del rey contrario que los asoló y destruyó; porque donde Dios entra con mano armada no hay poder, ni fuerzas que resistan.

CAPÍTULO XXV. *Del grande trabajo que los primeros padres evangelizadores tuvieron a los principios en esta tierra, por ser tantas las provincias y gentes de esta Nueva España y ellos tan pocos*

PARA QUE SE ENTIENDA LO MUCHO que aquellos siervos de Dios, primeros predicadores del santo evangelio tuvieron que hacer, en los principios de la conversión de las gentes, desta Nueva España, es necesario presuponer la muchedumbre de provincias que en ella había, todas muy pobladas de gentes; y también cómo todas ellas estaban a cargo de nuestros pocos religiosos, hasta que fueron viniendo otros, así de la misma orden de mi padre San Francisco, como de las órdenes de los bienaventurados padres Santo Domingo y San Agustín, que han sido muy principales obreros desta tan grande y extendida viña del Señor. Ya queda dicho arriba cómo los doce religiosos franciscos, con otros cinco que acá se hallaron, fueron repartidos en cuatro monasterios, en las mayores poblaciones que

[6] Isai. 21.

entonces había, no muy lejos de Mexico, y entre aquellas cuatro poblaciones y monasterios repartieron toda la tierra de la Nueva España, tomando cada uno a su cargo la pertenencia y parte que le cabía por la banda que más venía a su mano, en que había muchas y muy pobladas provincias de diversas lenguas y naciones. Y porque mejor esto se pueda percebir y entender, digo que si queremos dividir la Nueva España en buenos reinos, y que cada uno dellos sea de muchas y muy buenas provincias, habría a mi parecer (como en otra parte queda dicho) treinta, antes más que menos; y si la dividimos en provincias o gobernaciones distintas, eran más de quinientas o seiscientas; y en esto no me alargo porque antes pienso que me acorto y digo poco. Repartieron (pues) los cuatro monasterios o religiosos dellos, sus distritos desta manera: a Mexico acudía todo el valle de Toluca, el reino de Mechuacan, Quauhtitlan, Tulla y Xilotepec, con todo lo que ahora tienen a cargo los padres agustinos, que llaman sierra alta y baja, hasta Metztitlan. A Tetzcuco, que era el segundo convento, acudían las provincias de Otumba, Tepepulco, Tullantzinco y todas las demás que caen por aquesta parte hasta la Mar del Norte. A Tlaxcalla, tercero convento, acudía Zazatlan y todas las serranías que hay por aquella parte hasta la mar y la provincia de Xalapa y Cempoalla (que fue la parte por donde entraron nuestros españoles) hasta la mar y todas las poblaciones y provincias que hay hasta el río de Alvarado. A Huexotzinco, cuarto convento, acudía la gran ciudad de Cholula, la de Tepeaca, Tecamachalco y toda la Mixteca alta y baja, y Quauhquechola y Chietla, que es volviendo de esta parte dicha, más metido al medio día.

A cabo de ocho o nueve meses que habían llegado los doce primeros a Mexico, vinieron a ayudarles en la segunda barcada los padres fray Antonio Maldonado, fray Antonio Ortiz, fray Alonso de Herrera, fray Diego Almonte y otros muy esenciales religiosos de la misma provincia de San Gabriel; y con esta tan necesaria ayuda fundaron el quinto convento en el pueblo de Cuernavaca, que es cabeza de lo que llamamos marquesado, por ser tierra del marqués del Valle (aunque no es este el valle de donde se intitula marqués, sino el de Guaxaca); deste quinto convento nuevamente instituido visitaban las provincias de Ocuila, Malinalco y toda la tierra caliente, que cae a medio día hasta la Mar del Sur, que incluye muchas gentes y lenguas, y muchas leguas. Y yo he visto en un cabezo de una sierra, que está más de ochenta desta ciudad y obra de cuatro de la mar, una cruz de piedra que decían los indios, que entonces vivían, haberla puesto allí los frailes de San Francisco y debe de permanecer en los tiempos presentes, aunque debe de haber treinta años que no la veo; pero persuádome a ello por ser el lugar muy eminente y alto y tan rodeado de peña tajada que apenas parece cosa creíble que allí hubiesen llegado hombres mortales a ponerla, por la dificultad que muestra la subida. Pero al fin allí llegaron las manos benditas de los religiosos que la levantaron, la cual era de piedra y muy grande porque a no serlo no se divisara en todos los lugares que pretendieron que fuese vista. Llámase este lugar la Sierra de Mexcaltepec; desde entonces por maravilla pasó año que dejasen

de venir algunos religiosos de la orden de los menores a esta provincia del Santo Evangelio (que fue madre de las otras que después se erigieron) enviados con mucho cuidado de los católicos emperadores don Carlos y rey Filipo, su hijo, nuestros señores, a su real costa, cada uno en su tiempo. Ni tampoco deja de enviarlos, aún ahora, Filipo Tercero (que vive con feliz memoria) cuando es informado que en alguna provincia son menester, aunque para esta del Santo Evangelio, por estar proveída de los religiosos que en ella toman el hábito, no ha sido necesario venir frailes de España, de más de treinta años a esta parte; aunque el pasado, de 1605, vinieron cincuenta, pedidos por la provincia, por razón de que si se habían de poner ministros en las juntas y congregaciones que se hicieron de los indios, no los había en número y cantidad suficiente por ser muchas las partes donde eran menester, aunque por no haberse ejecutado este pensamiento, por no haber parecido convenir, se están en los conventos con los demás que los moraban antes. Pues como fueron viniendo frailes en aquellos primeros años, se iban también fundando otros conventos en las partes donde había más necesidad de su asistencia; y así fundaron en Tepeaca, Quauhtitlan, Toluca, Tlalmanalco y todos los demás que han ido procediendo, hasta llegar a más de setenta monasterios en sola esta provincia de Mexico, sin una custodia que tiene anexa; y de aquí se han proveído como hijas que nacieron desta madre, las provincias de Mechoacan, Guatimala, Yucatán, Zacatecas.

Vinieron (como ya hemos dicho) el año de veinte y seis religiosos de la orden del padre Santo Domingo y los del gloriosísimo doctor San Agustín, el año de treinta y tres, que fueron necesarísimos, y se han extendido después acá por toda la tierra, con mucho número de monasterios, sin los partidos y vicarías de los padres clérigos que no son menos. Por lo dicho se verá (si no parece prolijidad haberlo contado) cuán acosados y trabajados debían de andar aquellos primeros benditos padres, cuando eran tan pocos y las gentes tantas que parecían enjambres de langostas que cúbrían la tierra, todos los cuales estaban por doctrinar y bautizar.

Bien se puede creer que en ocasión semejante no bastaban fuerzas humanas, ni ánimo solo de puros hombres; porque rodeados de tantos infieles no era posible vencer la cobardía que pensamiento tan grandioso y dificultoso podía ofrecer si Dios, que era el que lo regía y gobernaba todo y se infundía en los corazones destos invencibles obreros, no los esforzara con su gracia, diciéndoles en su evangelio:[1] No queráis temer pequeñuela grey, porque ha placido a vuestro padre de daros el reino; con cuyo prometimiento y ayudados de su gracia emprendieron esta misteriosa obra; por que si no fuera de Dios, ¿cómo era posible que gente tan poca saliera con empresa tanta? Quiso Dios que pocos hombres sin armas venciesen tantos ejércitos de hombres armados con las armas de Satanás, que en aquellos principios les hacían guerra y contradición brava; porque para vencer los ánimos y corazones de los hombres del mundo no bajó Dios de los altos

[1] Luc. 12.

cielos escuadrones de ángeles, sino solos doce hombres, que escogió por discípulos y ministros, con los cuales hizo cruda y mortal guerra al mundo. Y así, dice Justino Mártir,[2] que partieron de Jerusalén doce hombres y fueron por el mundo, indoctos y sin elocuencia humana; pero revestidos de la virtud de Dios lo dieron a conocer a todo el género humano; y enviados de Cristo les dieron a entender ser él el que los enviaba. Y San Juan Crisóstomo,[3] hablando destos mismos apóstoles, dice: corrieron los apóstoles la redondez de la tierra y todo lo que hallaron enfermo lo redujeron a la salud, y lo que estaba en riesgo y ruina lo revocaron a estabilidad y firmeza, no cimbrando arcos ni arrojando saetas, ni ofreciendo dineros, ni confiando en sabiduría humana y ornato de palabras, porque eran hombres desnudos de las cosas de este siglo, pero vestidos de Jesucristo: pobres, pero ricos; necesitados de oro y plata, pero poseedores de las riquezas del reino de los cielos. Carecían de humano consuelo, pero tenían el regalo de su señor Dios, y corrieron el mundo como ovejas entre lobos. ¿Quién tal a visto? ¿Qué pastor ha habido que arroje su rebaño de ovejas entre manadas de lobos? Antes, cuando ve al lobo recoge sus ovejas; pero Cristo nuestro señor, al contrario desto, envía ovejas entre lobos, pero con calidad de que en medio de sus furores y rabias no las ofendan; antes los lobos convertidos en ovejas, siguen su natural mansedumbre. Y más abajo, añade el mismo Crisóstomo: grande fue la virtud de Dios que quiso que un pescador, un publicano, un pellejero, con desnudos mandamientos resucitasen muertos, expeliesen enfermedades, ahuyetansen la muerte y hiciesen mudas las lenguas de los sabios filósofos, y cerrasen las bocas de los retóricos, que conversasen y platicasen con los príncipes y los reyes, que se enseñoreasen de los bárbaros y griegos; todo esto con la palabra de Cristo, cuyos ministros eran. Pues ¿quién no cree que estos pocos ministros no hicieron otro tanto, venciendo a los ministros sabios de Satanás, predicando el santo evangelio y sufriendo, en orden desto, trabajos inmensos, como los pasaron y tuvieron los ministros de la primitiva iglesia? Aunque en ésta no fueron muertos luego los primeros, a lo menos pasaron hambre, desnudez y cansancio, y tuvieron necesidad de muy particular ayuda de Dios para conseguir su intento. Finalmente, ellos fueron los que desmontaron y labraron la tierra para que sus sucesores, con poco trabajo, hayan gozado y gocen del fruto que en ella se coge de las muchas ánimas que se salvan.

Y para que mejor se entienda el trabajo que en los primeros tiempos tuvieron los predicadores del santo evangelio en estas partes, puede cotejarse con el de los predicadores de España y de otros reinos de la cristiandad; porque en España sabemos ser cosa común a todos los predicadores, que cuando predican un sermón, quedan tan sudados y cansados que han menester mudar luego ropa y calentarles paños para recoger el sudor y hacerles otros regalos. Y si le dijesen a un predicador, luego que acaba de predicar, que cantase una misa o que fuese a confesar un enfermo, o a

[2] Iustin. in oratione ad Antonin.
[3] Div. Chris. ost adversus Gentiles.

enterrar un difunto, pensaría que en ir a hacer alguna cosa de éstas le podían abrir luego la sepultura. Pues esto es cierto, que lo común y ordinario desta tierra era entonces que un mismo fraile contaba la gente por la mañana, luego predicaba y después cantaba la misa, y tras esto bautizaba así niños como adultos y confesaba los enfermos, aunque fuesen muchos, y enterraba si había algún difunto, y esto duró por más de treinta y cuarenta años; y el día de hoy hay algunos que hacen lo mismo. Algunos hubo (y yo los conocí) que predicaban tres sermones, unos tras otro, en diversas lenguas, y cantaban la misa y hacían todo lo demás que se ofrecía antes de comer. Y a mí me ha sucedido no una, sino muchas veces, predicar a los indios mexicanos y luego a los españoles y decir la misa; pero hablando de aquellos santos padres, digo, que habiendo gastado toda la mañana en estos santos ejercicios llegaban a comer, y el regalo que tenían los más dellos era unas yerbas y muy poco pan de trigo u de maíz, y un jarro de agua fría, porque hacían escrúpulo de beber vino, por valer entonces muy caro y haber poco. Fraile hubo que sacó en más de diez lenguas distintas la doctrina cristiana, y en ellas predicaba la santa fe católica, discurriendo y enseñando por diversas partes.

Este trabajo y cuidado bien parece exceder fuerzas humanas, pues las posibles saben los hombres comunes dónde llegan; pero no es maravilla que lo hallemos en estos benditos religiosos, porque como todo lo hacían por amor de Dios, nada dificultaban y todo lo podían; porque el que ama a Dios puede todas las cosas, por dificultosas y ásperas que sean, y no sólo sufrirlas y padecerlas, sino también vencerlas, porque como dice el apóstol:[4] la caridad, todo lo sufre y todo lo soporta; porque como también dijo el otro poeta: todo lo vence el amor y el fuerte en amar vence los trabajos y la muerte. A cuyo propósito dijo de sí mismo San Pablo:[5] todo lo puedo en aquel que me da fuerzas para sufrirlo. Sobre lo cual dice San Bernardo:[6] ¿cómo no le han de ser todas las cosas posibles al que tiene por arrimo y báculo a Dios, que todo lo puede? No hay cosa que más manifieste la omnipotencia del verbo que ver que todos los que le aman y esperan en él, se hacen poderosos. Y así dijo San Pablo:[7] ¿quién podrá apartarnos de la caridad de Cristo? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿O la hambre? Tengo por cosa averiguada y cierta (responde) que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni otra alguna cosa es poderosa para esto. Porque de la misma manera que un hierro o un leño encendido consume todo lo que le aplican, así el corazón, encendido en amor de Dios, consume y vence todos los trabajos y dificultades que se le oponen acerca del servicio de Dios. Y el glorioso San Crisóstomo,[8] añade, diciendo que no sólo hacen los justos y siervos de Dios lo justo y hacedero, sino que pasan la raya de lo ordinario y se abalanzan a casi lo imposible, y lo es sin falta sufrir trabajos intolerables y cansancios que consumen, sin que acarreen muertes

[4] 1. Ad Cor. 13.
[5] Ad Phil. 4.
[6] Bernar. Ser. 85 in Cant.
[7] Ad Rom. 8.
[8] Div. Chris ost. hom. 15 in cap. 8. Ad Rom.

y enfermedades. Pero la causa desto es decir el apóstol,[9] todo lo vencemos por aquel Señor que nos amó.

Habrá quien diga que los religiosos gozaban del regalo que querían y que todo les sobraba por la mucha veneración en que todos los tenían; pero respondo con San Pablo,[10] que dice de sí mismo: *Scio & humiliari, scio & abundare: ubique & in omnibus institutus sum.* Sé humillarme y sé gozar de la abundancia, y usar del bien y del mal con todo el recato y medida que conviene. Esto declara San Juan Crisóstomo,[11] diciendo: sé vivir contento con lo poco, y sufrir hambre y pobreza, y sé aprovecharme de la abundancia, conforme se ofrece la ocasión; porque no es menor virtud sufrir los trabajos con paciencia, que usar de la abundancia con modestia y cordura. Y aunque estos benditos religiosos pudieran abundar en regalo no lo admitían. Sabían que todo aquello lo dejaban por amor de Dios y que todo lo que por su amor les faltaba, les había de sobrar en el reino de los cielos, donde querían a solo Dios por hartura. Y con ser consejo sano el uso de un poco de vino, el cual dio el apóstol San Pablo a su discípulo Timoteo, por los dolores de estómago que padecía, no lo admitían estos varones apostólicos, porque los consejos, aunque sean buenos, que en orden de más perfección y penitencia no se reciben, no sólo no son vituperados, pero de mucha alabanza y gloria.

Tuvieron estos benditos padres un modo de predicar no menos trabajoso que artificioso, y muy provechoso para estos indios por ser conforme al uso que ellos tenían de tratar todas las cosas por pinturas, y era desta manera: hacían pintar en un lienzo los artículos de la fe, y en otro los diez mandamientos de Dios, y en otro los siete sacramentos y lo demás que querían de la doctrina cristiana, y cuando el predicador quería predicar de los mandamientos colgaban junto de donde se ponía a predicar el lienzo de los mandamientos, en distancia que podía con una vara señalar la parte del lienzo que quería, y así les iba declarando los misterios que contenía y la voluntad de Dios que en ellos se cifra y encierra. Lo mismo hacía cuando quería predicar de los artículos, colgando el lienzo en que estaban pintados; y desta manera se les declaró clara y distintamente y muy a su modo toda la doctrina cristiana. Y en todas las escuelas de los muchachos se usaban estos lienzos, de los cuales alcancé yo algunos, aunque ya los que viven no han menester estas pinturas, por ser más enseñados y cursados en estos misterios, por la abundancia de las lenguas que ahora se saben, de que en general carecían aquellos evangélicos ministros. Verdad sea que en algunas doctrinas hay más y menos, en la inteligencia de la ley de Dios según el más o menos cuidado de los ministros.

[9] Ad Rom. 8.
[10] Ad Phil. 4.
[11] Div. Chris. hom. 15 in cap. 4. Ad. Phil